

Federico PATÁN, *Mujeres ante el espejo*. México, Selector, 1996. 172 pp. (Col. Aura)

La última novela de Federico Patán, *Mujeres ante el espejo*, nos depara una sorpresa: tras la voluntaria apariencia de una novela *light* se esconde un intento sumamente complejo, lejano de toda intención ligera: desentrañar el misterio de la escritura literaria en uno de sus principales aspectos, el de la relación del proceso creativo con la vida cotidiana que lo sustenta. Sin embargo, *Mujeres ante el espejo*, texto atractivo para el lector tanto por la transparencia de su escritura como por la atmósfera erótica ilustrada, atrapa al lector por donde menos lo espera: en la reflexión sobre los esplendores y las miserias de la escritura como actividad que no puede desligarse de la corporeidad peculiar de los hombres de nuestra época y de nuestra circunstancia.

La novela de Federico Patán cuenta los preparativos que un periodista de oficio y escritor en ciernes lleva a cabo a fin de cumplir con el encargo de escribir la biografía de un escritor consagrado, fallecido recientemente y autor de la novela que presta su título al libro que comentamos: *Mujeres ante el espejo*. Escritor por encargo, el biógrafo terminará por ser parte de la narración que le ha sido encomendada: será la causa precipitante del epílogo del drama que quedó inconcluso a causa de la muerte de David Groguerena, el famoso escritor. La tarea de hilvanar la biografía es ordenada por la viuda del escritor, pero en verdad, indirectamente, por el propio escritor, quien, convencido de las limitaciones y el servilismo del protagonista, lo convierte en un simple transcriptor de la narración de su vida, grabada por él mismo en una cinta antes de morir. Lo que Groguerena busca es un instrumento que le permita escribir *post mortem* y por mano interpósita su autobiografía con apariencia de biografía objetiva. La búsqueda de materiales para escribir dicha biografía lleva al protagonista a explorar y a tratar de desentrañar el nudo de relaciones humanas en el que se desenvolvía la vida del escritor, pero sobre todo lo hace entrar en una relación ambivalente con la viuda, mujer poderosa y llena de ambición cuyo único deseo es que la biografía se redacte a su medida y sea una especie de elogio a su propia presencia en la vida del escritor. Los avatares y contornos de esta relación ambivalente constituyen la veta central de la narración de Federico Patán en esta novela.

La mediocridad del joven biógrafo, doblemente manipulado, y su incapacidad para percibir *lo otro* que implica la actividad literaria como hecho creativo, lo llevan a intervenir de manera desastrosa en la vida de los personajes que acompañaron al escritor biografiado en su proceso creativo.

Más que en la impecable construcción de la trama o en el impecable lenguaje con que está escrita, me parece que lo valioso de *Mujeres ante el espejo* está en el uso de un tono narrativo poco usual en nuestra literatura, que funda su fuerza en una ironía encauzada en el sentido de la crítica de costumbres. Y en la novela Federico Patán aborda con ironía corrosiva las costumbres más cercanas a él y por lo tanto de las que parece tener un conocimiento más interiorizado, es decir, aquellas que tienen que ver con la clase media intelectual de la zona sur del Distrito Federal. Costumbres que se extienden, absorbentes, sobre el conjunto de la vida cotidiana de esta zona o clase social y que incluyen, entre muchas otras, la costumbre de la escritura literaria.

¿Para qué escribir?, ¿por qué y para quién escribir?, son preguntas esenciales que han sido motivo de profundas y conflictivas reflexiones autocríticas de los grandes escritores y que han ocupado una buena parte de las discusiones de la teoría y la crítica literarias. Y son justamente esas preguntas, que son banalizadas por los usos escriturales que dominan el panorama literario de México, las que encuentran respuesta en el material tratado con sutil ironía por Federico Patán. El oficio de escribir concebido como trampolín para obtener la fama pasajera y el ascenso burocrático, económico o social; la tematización literaria del amor como una receta fácil e infalible destinada a excitar el erotismo mediocre de lectores reprimidos con pretensiones de liberados; en fin, una serie de maneras de emplear la literatura no como un arte, sino como una ocupación provechosa, hacen evidente su precariedad a lo largo de las páginas de esta novela.

La novela se llama *Mujeres ante el espejo* y, sin duda, los personajes más atractivos por su consistencia existencial son los cuatro personajes femeninos que quisieran o que deberían reflejar su imagen en un espejo: el personaje masculino encarnado en el biógrafo del gran escritor. En efecto, la investigación y búsqueda de materiales para la biografía que escribe llevan al personaje masculino a involucrarse tanto con la viuda del escritor como con la hija de ésta, así como también a entrar en contacto con la amante del biografiado. Dicha investigación lo lleva igualmente a transformar su relación con la mujer con la que tiene vínculos y a quien trata en calidad de posible futura esposa. Cuatro mujeres y un espejo: primero la viuda del escritor biografiado, Diana, una mujer madura, misteriosamente atractiva por su belleza, a la vez fría e inquietante; la hija de ésta, Claudia, una jovencita de dieciocho años que,

obligada a imitar a su madre, es incapaz de alcanzarla en su atractivo inigualable pero llega a superarla trágicamente en su capacidad de amar; la ex amante del escritor, prostituta de oficio que, sin embargo, ofrece al escritor servicios más espirituales que corporales; y, por último, Emilia, su propia “novia”, actriz principiante, menospreciada por él, pero de una valía muy superior a la suya. Y, como digo, también un espejo, el biógrafo del gran escritor. Un espejo que Federico Patán nos muestra como incapaz dada su debilidad existencial para reflejar adecuadamente la fuerza que emana de estas cuatro figuras femeninas. La novela de Patán nos narra las vicisitudes de esta ineptitud.

El personaje femenino principal, la viuda del gran escritor, que originalmente se había llamado Silvana, responde al nombre de Diana. Y no sólo este nombre sino la escena en torno a la cual gira obsesivamente la narración de esta novela nos remite al mito antiguo de Diana y Acteón. La narración de Federico Patán se concentra en aquel pasaje del mito en el que Diana, saliendo del baño, es sorprendida en su desnudez por la mirada profanadora de Acteón. Una y otra vez, desde varios ángulos, Patán vuelve sobre esta escena mitológica abriendo de esta manera en el lector la pregunta acerca de la correspondencia que el resto de la narración guarda con la conclusión del mito antiguo. La diosa Diana, sorprendida, indignada y furiosa por el atrevimiento de Acteón, el cazador de venados, lo convierte a él mismo en un venado, lo flecha y hace que los propios mastines del cazador lo despedacen. En la novela de Patán la escena de Diana saliendo del baño es contada varias veces y la atmósfera de muerte que se cierne sobre el escenario de este pasaje se encuentra también presente: es allí donde Diana le será infiel por única vez a su marido y allí mismo donde el hombre que la poseyó habrá de suicidarse; es allí también donde Claudia, vencida por el poder erótico de su madre, se quitará la vida. ¿Qué versión rebuscada de la venganza de Diana en el mito antiguo encontramos en la narración de Federico Patán? Éste, entre otros enigmas, nos permite decir que esta última novela de Federico Patán atrapará sin duda al lector y lo mantendrá atado un buen tiempo a su misterio.

Raquel SERUR